

MI LIBRO Y SU VENIR

Abel Posse

Como todas las cosas que definen nuestra personalidad, la vocación de escritor suele sugerirse desde lejos, en los laberintos de la infancia y la adolescencia.

Luego surge la ocurrencia de escribir, como en otro la de dibujar o bailar.

Uno recuerda: un patio de barrio en una lánguida tarde de invierno. El escritor cachorro garabatea una historia seguramente plagiada, dobla el papel, agrega una “carátula” y le vende a su abuela la obra, por diez centavos, el precio de una pelota de goma o de dos soldados de plomo.

Ante la clase de colegio, el escritor busca espacios propios. Es él, pero sabe que crece otro que a veces guía su pluma inexperta sobre el papel blanco. ¿Por qué insiste en ese ejercicio? ¿Qué fuerza o posibilidad intuye en la escritura? ¿Qué es ese vivirse a través de las palabras? ¿Por qué él?

Así se fue consolidando una doble vista. Al mirar de todos, se agrega la mirada de ese Otro, que parece tener vocación de testigo y de maestro. Ese otro que nos espía, que considera los pensamientos e intenciones que surgen libremente en nuestra intimidad.

Nací en una casa con libros. No muchos, pero libros de un lector entusiasta, mi padre. A veces llegaba de la librería Fray Mocho o El Ateneo con un paquete de libros. Era un gran lector de la Generación del 98. En su mesa de luz había siempre una pila de libros de la Colección Austral y de Losada. Eran años en

que muchos autores de España eran publicados en nuestra América. Mi padre gozaba de Baroja y reflexionaba con el Unamuno del “Sentimiento trágico de la vida”.

Empezamos a respetar ese Otro que parece tomar la vida más en serio que nosotros y tiene propósitos de trabajo y creatividad. A veces se pone en justiciero, en moralista, en testigo, según algún código de segura corrección creadora.

De algún modo sentimos que empieza a tomar demasiada autoridad y que arruina la espontaneidad del vivir simple. Empezamos a padecer lo que después, con el tiempo, se agrava: el Otro, se pone la mayúscula y empieza a ser más interesante que el uno mismo. Nos lleva por el bosque infinito de los libros y lecturas, nos elige amigos. Nos deja una zona de protesta: él vive para contarlo. Esto es anormal, pero fascinante.

Se puebla su biblioteca de admiraciones y errores. Después de pocos años, uno se recuerda intentando a Joyce. Y la compra de Proust en la librería de la calle Rivadavia, en un solo tomo, imposible de leer en la cama. Dos libros famosos, pero pesados, se soportaban por respeto, todavía no por legítima admiración. Por entonces yo admiraba Arlt y a Eça de Queiroz (toda su obra que me pasó un tío muy lector).

Vive un extravío esperanzado. Fatigados los caminos secos, seguirá buscando. El destino decidirá si el escritor logra caer y permanecer en la voz que le es propia pero cuyo sonido y sus claves todavía no distingue. Apuesta al azar. No calcula los peligros. El oficio se edifica a corazonadas, con insolencia irracional.

La voz propia será el momento del arte, el momento de un asomo de estilo. El escritor vive un torbellino de dudas. Tendrá

que burlar la razón limitadora y las trampas de pretender encubrir con el tema la falta de esa intransferible particularidad: estilo propio. Sabe que tiene que burlar la trampa de la narración lineal, y del buen sentido. Tendrá que asaltar el palacio del lenguaje incluso violentando una ventana. Aprenderá a legitimar impulsos que parecen ridículos y a controlar la facilidad de las sinrazones tentadoras. Peligra en una lógica sin raíces. Todavía no sabe que lo que le parece insensato es la puerta hacia lo mejor que podría dar.

Ya sabe que el estilo tiene mucho que ver con el subconsciente, con su carácter. Cierta vez leyendo a Unamuno siente como propia verdad eso que el estilo es en esencia el carácter. Nietzsche, Hesse, Proust, Arlt; al fin de cuentas crean su obra desde el poder o la voluntad de su carácter. Nietzsche será la puerta hacia el deslumbramiento del poder filosófico liberado a toda genialidad. Saltó los mayores riesgos y abismos con insólita afirmación de voluntad y su convicción.

Pasaron los años, los encuentros, el tiempo perdido y el tiempo recobrado. El escritor ya casi está dominado por aquél Otro, que se asomó tímidamente en la adolescencia.

No se aman mucho, pero conviven sin muchos enconzonazos.

Ahora el escritor está más seguro de que encontrará su voz. Se arriesga a su primera novela que tiene toda la violencia y peligros de un exorcismo básico.

Se recuerda en su cuarto de estudiante en la Ciudad Universitaria de París. Revive las primeras exaltaciones cuando cree que aquella prosa ya se sostiene. Al anochecer baja hacia

el refectorio y siente entre sus amigos una plenitud, un poderío, como si una fuerza misteriosa, le quitase de la mediocridad, de lo siempre mismo.

No lee sus cosas a todos. Sabe de la fragilidad de todo creador. Siente que todavía no necesita críticos, sino cómplices. Es allí que conocerá a Wiebke. Nacida en Berlín, en el centro de una gran cultura. Desde aquellas veredas del Barrio Latino iniciamos un larguísimo diálogo entorno a la escritura, las ciudades, los libros. El escritor supo que Wiebke sería la cómplice suprema. Para él será Beatrice y Sofía.

Pasados los años, las décadas, el escritor se recuerda en la ascesis de la escritura y en los pocos momentos de exaltación cuando releándose encuentra algún logro objetivo, que le parece indiscutible, confirmatorio... ¿Entonces es posible la apuesta?

El escritor hacía dos años que estaba en Moscú, en su calidad de joven diplomático, a orillas del Volga para terminar aquél primer libro-exorcismo empezado ocho años antes en Buenos Aires. Se decidió a escribir los tres finales de *Los Bogavantes*, como tituló el libro. Necesitaba enfrentarse en soledad.

La cabaña está en Zavídovo. Trabajó durante la tarde oscurecida. Es pleno invierno de veinte bajo cero y la caldera protege a la cabaña primitiva rodeada de hielos y nevadas que se renuevan. Los copos fosforecen en la oscuridad. Después de varias horas culmina el libro y siente el ángel de la plenitud creadora. Una jocundia incomparable. Ya son las dos de la mañana. Se acerca hacia la costa marmórea del Volga en su

cauce de hielos. La luna penetra las aguas claras, purísimas. A cien metros la tenue luz de la *dacha* alquilada, lo demás es silencio y su propia exaltación.

Vuelve al calor y se recupera ante el fuego de antracita. Bebe el vino de Tchinandali entibiado junto a la caldera.

Se pone a freír papas, huevos y fiambre soviético, que compró en un almacén en el pueblo del balneario congelado. Cree que tocó un momento de creación sostenible. Aquella comida en la soledad esteparia le parece el mayor premio. Sintió que sus escritos eran ya una novela. Aquellos huevos fritos a la madrugada de bajo cero, con el Volga abrigando la luna en su corriente calma y terminando la botella de vino Tchinandali, eran la fiesta del solitario que había logrado un buen final para los tres personajes que habían tardado casi diez años para llegar al fin de sus fracasos existenciales.

Ese primer libro, el libro-exorcismo fue premiado en España e inmediatamente declarado políticamente incorrecto por la censura. El escritor recuerda esto con una sonrisa. Hasta le regalaron, ya muerto Franco y advenida la democracia, las páginas observadas por el Santo Oficio de la censura.

Como una mágica nave, el insondable duende-destino lo dejó en Venecia durante varios años. Mezcla de decadencia y de pujanza de belleza arquitectónica suprema. Poderío de palacios de mármol y amenazados por la constancia del mar, siempre agresivo.

Fue allí en los días más altos de su vida, cuando el Escritor creyó dar inesperadamente con la Voz. Sintió allí, en su primer verano veneciano que su mano huía de los surcos de prosa

horizontal que había recorrido hasta entonces. Las palabras invadían las hojas con su humorismo, su erotismo, sus rebeldías, sus arbitrariedades. Lo paródico, lo sarcástico, las libertades poéticas y las búsquedas y perplejidades filosóficas bajaban a las hojas en blanco sin excluirse. La intuición estética ordenaba espacios y temas. La visión de la América conquistada, del Perú cósmico y sojuzgado, eran revividos por un lenguaje más libre, que había surgido en el barroquismo de Venecia.

El lenguaje se forjaba como fiesta, desde el hondo el ser. Somos sexo, humor, odios, melancolías, errores, algunos aciertos, amor. Somos celebración de vivir y la amenaza y el dolor de toda vida.

Aquel momento de revelación del lenguaje, de *satori* en Venecia produjeron los tres libros que se ubicaron en el centro de la vida del escritor. Eran los libros de la voz, los libros que había esperado durante años. Asomo de abundancia antes de la sequía.

El escritor se ve a la distancia aquellos libros de la saga del Descubrimiento fueron motivos de premios y honores que necesitaba. Pocos pueden soportar ser ignorados y creerse creadores válidos. Los canceladores nublan el horizonte. Actúan siempre, y hay que responder con la “soledad primordial (y final) del escritor”, según Maurice Blanchot.

Los libros le ayudaron a vivir y la doble vista enriqueció su posibilidad de goce y aprecio para su tarea insustituible. Los libros y las experiencias estéticas van refinando una espiritualidad. Se trata de una filosofía íntima y de una dimensión casi religiosa que nos ayuda ante la perplejidad de

intentar entender “nuestra posición en el Cosmos”, como indagó Max Scheler.

El Escritor vive ahora en su país, en Buenos Aires, su ciudad, en el peor momento de su Patria. Trabaja sosegadamente en sus obras. Se espera, camina sin preguntar, un poco a oscuras como todos los argentinos de hoy.

Agradece su vida, agradece al Otro que acabó felizmente por fagocitarlo. Asumió el riesgo de un contrato ya indisoluble, previsto por Blanchot en su curiosa obra titulada “El Espacio Literario”.

Mi primer “plaisir de lire” (con 9 o 10 años) fue la suprema libertad que viví en mi casa de Buenos Aires, en siestas de verano fuerte, con árboles capaces de ondular las veredas con sus raíces. Con pájaros, gatos, y el muy espaciado escándalo de ferretería arrastrada que producía el tranvía cada media hora. Siesta de verano. Yo echado en la frescura del mosaico del vestíbulo leyendo las peripecias londinenses del detective “Mr. Reeder”. Entre las tres y las cuatro, sobre los adoquines pasaba el triciclo del heladero de la empresa Laponia. Yo tomaba los 10 centavos que se necesitaba y me compraba el bombón helado de cada día. Luego seguía leyendo. La delicia gustativa y la de seguir la intriga convergían. (¿Roland Barthes se agregaría el helado al plaisir de lire?)

El café en la esquina de la calle Florencio Balcarce, se transformó durante toda mi etapa universitaria hasta mi ingreso en la diplomacia, en un centro de cultura libre. Nalé decía: “En

una mesa de café porteño podrá ser tolerado algún perverso, nunca un tonto”.

Había figuras mayores, vecinos del barrio: Rafael Alberto Arrieta, Nalé Roxlo, el pintor Berni, Fermín Estrella Gutiérrez, los que a veces se agregaban a nuestra mesa de escritores declarados o todavía encubiertos: Luis Alberto Ballester, Antonio Requeni, el pintor Rembrandt Van Dick Lozza, el eximio fotógrafo Iaro Kozak, Catulo Albiac, Rogelio Bazán, Mario Satz.

A veces íbamos a las reuniones de SADE en la casa donada por Victoria Ocampo, en la calle México. En el día de la primavera, el 11 de septiembre y en el aniversario del nacimiento de Lugones, fundador de la SADE, los escritores jóvenes asistían a festejos, lectura de poemas, austera cena de milanesa con ensalada, vino a granel, y un desordenado baile final en aquella casa de Buenos Aires colonial, con aljibe, gatos y canteros de malvón y jazmín. Había una cierta civilización literaria que permitía la convivencia de los genuinos creadores con los tontos que todo lo politizan. Hoy día eso no existe y es grave: se odia lo que no se conoce, lo que no se encarna en otro que piense distinto: la Argentina en el quiebre de una armonía perdida de vida.

Creo que Borges era presidente de SADE en aquel período. Mujica Lainez, Ulyses Petit de Murat, Wilcock, Estela Canto, Emma de Cartosío, Lanuza...

Luego la Universidad y las navegaciones con las obras mayores: Joyce, Proust, Broch, los difíciles clásicos. Todo parecía más divertido y asimilable que esos tratados de Derecho abiertos sobre el escritorio. Me fugaba de ellos como podía: yendo al café para hablar o leyendo. Recuerdo el viento otoñal

por la avenida donde estaba mi pequeño estudio. Recuerdo cuando empezaba a leer *Ulises*, que mi padre había comprado en la primera edición en castellano, la de Salas Subirat. Ese libro abstruso me pareció el centro de aquella tarde que todavía recuerdo, con la lámpara encendida y yo tendido en la cama, burlándome del tomo de Derecho Civil. Buck Mulligan al afeitarse frente al “mar verdemoco” de Irlanda. Y las “muchachas en flor” y el hacha que cose Raskolnikov en su gabán para robar a dos pobres viejas usureras. Rilke y Jorge Guillén, místicos del Ser. Y poco a poco los filósofos y la pasión por Nietzsche y Heidegger.

Cuando a mi casa llegó el tiempo de la muerte, ese golpe que como diría Vallejo, es “como del odio de Dios”, viví el desafío de sobrevivir. “Soportar es todo...”, había escrito Rilke. Las horas del sueño estaba ganadas por las pesadillas de la vigilia por el insuperable dolor de la realidad brutal de la ausencia definitiva.

Los libros nos habían dado cierta posibilidad de defensa ante la muerte. Releímos en aquellas noches los poetas y los textos que se iban hilvanando como un servicio de urgencia desesperada: místicos, poetas, ocultistas.

Luché para poder salir del piélago de dolor, de entrega resignada. Leí esa semana atroz, la saga de Robert Graves, y los textos búdicos, el *Tao-Te-King*. Hasta flotar definitivamente como un náufrago maltratado por el mar (nada azul, *mare tenebrarum*). Sin respuestas definitivas.

Siempre los libros. Y luego mis propios libros. Buscaba mi propia voz entre el coro de los otros. Y, en Venecia, creí dar por fin con ella. Escribí *Daimón* y *Los Perros del Paraíso* como una saga referida al descubrimiento-cubrimiento, la conquista y el cruel mestizaje de nuestra Iberoamérica.

Siempre los libros. Porque el lenguaje es la Casa del Ser. Porque la poética es el templo y la novela la calle. Porque conforman la ciencia suprema de lo humano: infancia, miedo, odio, amor de adolescencia y madurez, conocimiento y temblor de muerte, testimonio y sueño de justicia, salutación y guiño perverso de los demonios y escalas imperfectas hacia dios o los Dioses.

¿Por qué Jacob combatió toda una noche con el ángel?

Abel Posse

Anexo

La aventura critico-literaria de Maurice Blanchot

Nacido en 1907, desde muy joven Blanchot se vuelca a la literatura como un espacio cultural universal, no exclusivamente francés, hecho poco común en su país.

El siglo XIX concluye con el aporte fundamental de Dostoyevski, Tolstoi, Gogol, Chéjov, el final de la novela francesa de Balzac y Flaubert, la gran poesía en lengua inglesa, alemana, italiana y española. Este legado continúa entrando en el siglo XX con la novelística norteamericana de Faulkner, Dos Passos, Erskine Caldwell, Thomas Wolfe, Scott Fitzgerald, Melville y Poe. Luego Kafka, Joyce, Proust. Son todas *singularidades* transformadas en obra. Los poetas de Europa, las Américas, Rusia, alcanzan máxima libertad, desde el surrealismo hasta el caso de Rilke marcado por profundos avances y riesgos filosófico-metafísicos. Casi una sorprendente antropología poética.

Blanchot comprende que se agotaba un nuevo "siglo de oro". Como si lo literario y las artes en general expresasen una espiritualidad negada por la atroz carnicería de la guerra del 14-18, por las sangrías revolucionarias, la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto, dos bombas atómicas sobre poblaciones civiles. Además, la desnaturalización tecnolátrica, invadiendo todos los espacios, transformando el mismo planeta, sus bosques, sus mares, su aire. Y sobre todo una triste, sumisa, masificación de la condición humana de "la modernidad".

Habla de la necesidad del creador de volcarse a la escritura con la fuerza que exige "una experiencia extrema"

(concepto coincidente con la idea y el título del mayor libro de nuestro Víctor Massuh).

Producto de apasionadas lecturas Blanchot concentra en *"El libro por venir"* (1959) sus admiraciones, por una originalidad creativa asombrosa.

Destaca en primer lugar el terceto de escritores en lengua alemana que culminaron el género novelesco con Hermann Broch con *"La muerte de Virgilio"* y *"Los Sonámbulos"*, luego Thomas Mann por *"Doctor Faustus"* y *"La Montaña Mágica"* y finalmente la novela-ensayo del extraordinario Robert Musil con su *"Hombre sin cualidades"*, como misterio de "pasión por la indiferencia y resultante de la economía y sociedad enfermas". Ulrich, el personaje que flota entre la nada, encuentra en el velorio de su padre a una joven que es su hermana y que no vio desde la infancia. Ambos se enamoraron y viven un ensayo de amor incestuoso anárquico. "Somos los últimos amantes del amor romántico". Ulrich sigue sin particularidades, tampoco reconoce la nada. El libro que no tuvo lectores en vida de Musil quedó sin la palabra fin, después de 2000 páginas. Es tal vez la más extraña aventura literaria.

Blanchot con valentía, estudia a fondo esos tres talentos que, a partir de 1930, proyectan la creación novelesca a su máxima comprensión de lo humano y su destino, de la existencia antes el misterio y la permanente pulsión de lo sagrado. Broch, Mann y Musil son los que prevalecen ante otros grandes de la época, Proust, Joyce, Gide, Hesse, Lowry, Nabokov, Stendhal, Yourcenar, Céline, Guimarães Rosa.

Blanchot no deja de incluir a Borges en varios pasajes. Lo emparenta con Henry James en torno al relato *"Otra Vuelta de la tuerca"*. Borges es un esteta en lenguaje y buscó sorprender con la selección variada pero no intensa de sus temas fascinantes. Nabokov dijo de él "Es una fachada sin

casa". No se pueden negar sus admirables joyas, acusadas de "miniaturismo".

Blanchot analiza el refinamiento magistral de Mallarmé y afirma que el futuro literario será el de la poesía como el arma con más posibilidad de abarcar los espacios más sutiles de la condición humana y del acercamiento al misterio.

El ciclo del Blanchot fascinado por la literatura, cesa casi dramáticamente en 1980, en el comienzo de su larga ancianidad, cuando publica "*La escritura del desastre*". Siente una estrepitosa caída y degradación de la cultura occidental como si el mal de las guerras, políticas abusadoras, daños ecológicos y desculturización nos dejen sin "libros por venir".

Blanchot señala: "literatura del yo sin yo", de "Kafka a Kafka". Sufre con Kafka, la realidad del hombre transformado en la cucaracha de la "*Metamorfosis*", por la deshumanización. Kafka murió en 1924 y no alcanzó a padecer con su familia el exterminio por el nazismo. Blanchot falleció a los noventa y seis años con la desilusión de ver "la gran cultura" derrotada ante la decadencia que llevaba a una "*Literatura del Desastre*".

Abel Posse